

Deja que los perros ladren de Sergio Vodanovic;

Desarrollismo, Democracia Cristiana, Dictadura

Hernán Vidal, University of Minnesota

Frente a la novela y a la lírica hispanoamericanas que, en general, se han caracterizado por su crítica de la organización capitalista de nuestras sociedades, en el drama se puede apreciar una maciza veta de apoyo al sistema. Ella se observa con claridad desde comienzos de siglo con la obra de Florencio Sánchez y se hace mucho más amplia durante la década de 1950. Esto coincide con la plasmación del pensamiento desarrollista fraguado en el Consejo Económico para América Latina, en especial en torno a su director, Raúl Prebisch. La aparición de conocidas obras teatrales que proponen un reformismo capitalista de dramaturgos como Sebastián Salazar Bondy, Enrique Solari Swayne, Sergio Vodanovic, Egon Wolff, Francisco Arriví y Celestino Gorostiza, entre otros, corre a parejas con la diseminación y predominio entre sectores pequeño burgueses del ideario de modernización capitalista de la CEPAL. El trabajo de determinar el nexo entre estos dos fenómenos no puede desconocer el hecho de que esa modernización industrialista tomó, a nivel político, una articulación populista por la cual los estados nacionales invirtieron sustancialmente en la promoción de una cultura teatral de marcado nacionalismo. Esta producción encontró canales en la creación de escuelas y compañías teatrales directamente conectadas con estructurales ministeriales y universitarias o subvencionadas por ellas. En su planteamiento de una aspiración por modernizar los capitalismos nacionales estas obras revelan una matriz ideológica común con el pensamiento cepalino, hecho que espero demostrar parcialmente¹ a

través de Deja que los perros ladren (1959) de Sergio Vodanovic. Esta comunidad ilumina aspectos sobresalientes de la historia latinoamericana contemporánea.

Como representación imaginaria de relaciones sociales existentes y/o posibles, el pensamiento de Raúl Prebisch se caracteriza por la designación implícita de una burocracia técnica transnacionalizada como guardián de la racionalidad del sistema capitalista internacional y del bienestar de las poblaciones nacionales que viven dentro de sus márgenes.² Estos sabios, ubicados más allá de los estados nacionales y de las clases sociales que coordinan, tienen la misión de crear, articular y administrar un modelo ideal de las relaciones generales y particulares del sistema, a nivel global y regional. Su modelo está presidido por la premisa de que el sistema capitalista es regido por una lógica que concibe el desarrollo de la productividad como un proceso de colocación equilibrada y racional de recursos técnicos, financieros y humanos. En esa lógica se concibe a las sociedades en desarrollo como organismos homogéneos en que predominan fuerzas que tienden naturalmente a la armonía de clases porque ellas están formadas por individuos ecuánimes, lógicos, conscientes del ideal superior que es el sistema, preparados a postergar sus propios intereses, animados por un ferviente deseo de autorreforma para alcanzar ese ideal. Por lo tanto, en la base de esa lógica hay un fuerte contenido moral que permea toda relación intracapitalista. Como resultado de esta conciencia moral las naciones pueden congregarse y unificar las fuerzas que permiten el mantenimiento y desarrollo de la empresa capitalista, origen de la productividad, la oportunidad de trabajo, ingresos apropiados y la posibilidad de un nivel de vida razonable.

Idéntico tono moral debiera presidir las relaciones entre las sociedades capitalistas avanzadas con las subdesarrolladas. Las primeras deben actuar hacia las segundas en términos de responsabilidad filantrópica, reciprocidad y ecuanimidad. En la búsqueda del beneficio propio los países capitalistas avanzados deben tener en cuenta el beneficio y mantenimiento del sistema total. Con sus recursos tienen la responsabilidad de dinamizar las economías subdesarrolladas para habilitar su complementación de las diversas etapas que las conducirán a un capitalismo maduro. En situaciones de deterioro del sistema la burocracia técnica actúa con poder de admonición y persuasión dirigida a los líderes políticos.

En este punto es necesario resaltar el aspecto marcadamente religioso del pensamiento cepalino: se erige un modelo totalmente idealizado y moralista del funcionamiento social; luego se lo contrasta con la imperfección de la realidad concreta que nunca lo alcanza; ante la evidencia de esta realidad caída la burocracia tecnocrática busca a los culpables de la degradación; normalmente ellos son los políticos profesionales; se los acusa de un clientelismo demagógico que en el proceso de repartir beneficios irresponsables a los diferentes grupos que representan causan indebidas tensiones en el sistema económico-político y subvierten su racionalidad. Queda abierto así el escenario para que, en períodos de profundas crisis del capitalismo latinoamericano como las que vivimos, las burocracias tecnocráticas conspiren para detener los procesos políticos masivos. Imponen gobiernos dictatoriales que vuelven la espalda a la posibilidad de compromiso político entre las diferentes clases sociales y gobiernan con apoyo militar para cuidar de los indicadores que aseguran el progreso del desarrollo capitalista atendiendo a las necesidades de la lógica del sistema y no a las de la población

mayoritaria.³ Idealismo filosófico, desarrollismo, moralismo, religiosidad, tecnocratismo apolítico y dictadura se complementan óptimamente.

El Partido Demócrata Cristiano chileno, colectividad populista, de tendencias tecnocráticas, corporativista, promotora de notorias alianzas con el capital extranjero, fundamentada ideológicamente en las doctrinas sociales de la iglesia católica, ha demostrado una enorme afinidad con la visión de mundo cepalina.⁴ Sergio Vodanovic era militante demócrata-cristiano en la época de gestación de su obra. Deja que los perros ladren fue estrenada precisamente en una época de crisis apenas superada por el capitalismo chileno con ocasión de las elecciones presidenciales de 1958. El autor respondió a ella con una obra que ya anuncia la solución golpista usada el 11 de septiembre de 1973 por la burguesía chilena ante una nueva crisis. Los sectores tecnocráticos, corporativistas y monopólicos de la Democracia Cristiana vieron en la dictadura militar la respuesta a la movilización popular que llevó a la Unidad Popular al gobierno en 1970. No debe perderse de vista que para la campaña electoral de ese año por la presidencia, la Democracia Cristiana hizo filmar la pieza teatral de Vodanovic como propaganda contra la Unidad Popular. El triunfo popular de ese año no se dio de la noche a la mañana. Fue la culminación de una larga lucha de organización partidista y sindical que ya había estado al borde de la victoria en las elecciones presidenciales de 1958. Para apreciar las dimensiones ideológicas de Deja que los perros ladren es preciso retrazar los desarrollos políticos en medio de los que la obra se gestó, estrenó y fue usada como arma política.

Desde 1948 el Partido Comunista de Chile, pivote de la política de

frente popular en el país, había sido declarado ilegal y operaba efectivamente en la clandestinidad. Sus líderes políticos, laborales y culturales fueron perseguidos, encarcelados y deportados bajo directivas foráneas conectadas con la Guerra Fría. A pesar de todo, condiciones sociales objetivas acentuaron la tradicional capacidad organizativa y combativa del proletariado chileno. Estas condiciones fueron la estagnación de la productividad agrícola e industrial, el alto desempleo resultante, una alta tasa de inflación y la política deflacionaria impuesta por el Fondo Monetario Internacional que congeló los salarios y limitó las inversiones estatales en servicios públicos. Estas circunstancias permitieron una mejor articulación de lo político y lo sindical. En 1953 se fundó la Central Única de Trabajadores con un consejo ejecutivo formado en su mayoría por comunistas y socialistas. En 1956 se formó el Frente de Acción Popular (FRAP), constituido por los partidos Comunista, Socialista y partidos no marxistas para el apoyo de una lista común de candidatos al Congreso. El FRAP enfrentó las elecciones presidenciales de 1958 con evidentes perspectivas de triunfo.⁵

En su contrarreacción la derecha inició una campaña de descrédito de los procesos eleccionarios. Se los atacó por ser parte de un sistema de clientelismo político corrupto--la politiquería. Se propusieron reformas del estado tendientes a una administración tecnocrática de la cosa pública.⁶ La ofensiva fue legitimada con el uso de la imagen de Diego Portales, ministro que en la década de 1830 consolidó el estado chileno. Portales planteó un ideal de gobierno por una élite autoritaria, ubicada más allá de toda rencilla de interés personalista, gobernando

impersonalmente para el bien común.⁷ Años antes de las elecciones de 1958 corrieron sostenidos rumores de intranquilidad entre logias golpistas en el ejército. En la campaña presidencial misma la derecha usó una propaganda francamente intimidatoria que explotó temores irracionales de una invasión soviética en caso de triunfar el FRAP. Ciertamente contribuyeron a este clima de alta tensión emocional la inflación, la escasez de artículos de primera necesidad, el desquiciamiento de la rutina diaria producido por las continuas huelgas de la época, la violencia esporádica con que los sectores populares respondieron a la erosión creciente de sus condiciones de vida, y las crecientes expectativas de mayor consumo de los sectores medios.

La obra de Vodanovic a la que me refiero reflejó y contribuyó a esta situación plasmando una visión melodramática de la realidad social chilena. En ella se suspende todo intento de una comprensión racional de las causas para las dislocaciones de la época y se insiste en un irracionalismo que busca sólo soluciones morales y éticas para problemas estructurales de la sociedad. Deja que los perros ladren es planteada como parábola de enseñanza moral fuertemente cargada de religiosidad. Se condena de tendencia consumista de la clase media como forma de corrupción, como también su pasividad política. Se hace un llamado para la regeneración de los valores tradicionales de la nacionalidad y a la movilización política para lograrla. La regeneración es entendida como el reestablecimiento de relaciones comunitarias de amor, orden y armonía naturales. Frente a la presión del marxismo-leninismo estos ecos neo-escolásticos se presentaban como alternativa ideológica ante el concepto de lucha de clases como motor de la historia. Se le negaba a

este concepto su función descriptiva y se le atribuía la inyección arbitraria del resentimiento, la envidia y la concupiscencia en las relaciones de clases.

En el contexto histórico de la época esta parábola tiene un acento terrorista por la violencia con que se interpelaba a los agentes sociales causantes de la supuesta debilidad nacional. Esta violencia no sólo refleja una preocupación derechista ante una crisis de poder, sino también la situación política de la Democracia Cristiana en ese momento. El partido no se constituía aún en la fuerza electoral que triunfaría como una avalancha en las elecciones presidenciales de 1964. De modo que a pesar de la definición conflictiva de la Democracia Cristiana frente a la oligarquía terrateniente-comercial, ante la amenaza de la izquierda la pieza hace un frente común ideológico con la derecha tradicional. El resultado es este lenguaje de la violencia y el enmascaramiento, que no analiza objetivamente una realidad social que fortalecía a la izquierda. Años más tarde, con la inserción de la Democracia Cristiana en la política de la Alianza para el Progreso, con el apoyo económico y político de los presidentes norteamericanos Kennedy y Johnson, además del triunfo electoral de 1964, el "pragmatismo" del partido hizo de las divergencias entre retórica y práctica concreta una característica central de su estib político.⁸

Pero antes de pasar al estudio de Deja que los perros ladren quiero hacer énfasis en que mis observaciones no deben ser entendidas como un ataque a Sergio Vodanovic. Los fenómenos ideológicos son de naturaleza supraindividual y fundamentalmente inconscientes. Confrontado con la historia de las estructuras sociales dentro de las que se lo ha producido,

un discurso literario toma significados insospechados por el autor. Este trabajo busca entender sólo un momento de la visión de la cultura chilena por el dramaturgo, momento posteriormente superado, como lo demuestra su evolución política. Frente a esa evolución aspiro a enriquecer el entendimiento de su obra total, que revela los profundos quiebres de la historia chilena contemporánea.

I

Deja que los perros ladren puede ser discutida a partir del reconocimiento de cuatro niveles de significación: el más evidente es el de la secuencia de incidentes que constituye la acción dramática de la obra; el segundo tiene que ver con la serie de referencias históricas hechas en el curso de la acción, especialmente con respecto a la influencia de Diego Portales en el desarrollo institucional chileno; tercero es la discernible estructura de parábola moral que condiciona arquetípicamente la relación mutua de los niveles anteriores; cuarto, la perspectiva final que el título mismo de la pieza arroja sobre las significaciones previas con su origen en El Quijote de Cervantes.⁹ De todos ellos el nivel fundamental es el tercero. Iniciaré la discusión a partir de él.

Vista como parábola, la obra representa la tentación y caída en el pecado de un padre que así causa la desunión temporal de su familia. Como recurso pedagógico la parábola tiene un sentido preventivo más que correctivo. Por lo tanto, mostrada la caída, se abandonan rápidamente las consecuencias últimas a que se podría haber llegado para luego abrir la posibilidad del arrepentimiento y del retorno instantáneo a la virtud

perdida. Virtud significa la espontánea y natural demostración y flujo del amor, la armonía y la unidad familiares. Estas tres categorías reciben tal énfasis que las relaciones extra familiares son del todo oscurecidas. Al comienzo de la obra el padre parece vivir sólo para y en el núcleo familiar. Las influencias laborales, económicas y políticas de la sociedad no parecen condicionar ni afectar esencialmente esas relaciones. Se postula una radical diferenciación entre espiritualidad y materialidad social según la cual lo espiritual es concebido como sustancia de existencia previa a la inmersión en la sociedad. Esto permite la caracterización del padre como inocente mayúsculo, que ha podido hacer carrera en una burocracia estatal medularmente corrompida sin siquiera percatarse de ello, manteniendo la creencia y la fe immaculadas en su probidad y méritos personales como razón de su ascenso. A partir de esa espiritualidad es fácil entender que se señala un modelo ideal de conducta superior en contraste con la corrupción de la materialidad social. Ese modelo ideal está ubicado en el pasado, en la "tradición." De acuerdo con él se menciona una cadena que se renueva generacionalmente, en que padres e hijos ocupan idéntica profesión, posición burocrática y domicilio, para reactualizar idénticos lazos de amor, armonía y unión familiar. Se configura un estatismo social por el que la historia aparece como calco de un pasado de virtud primordial desde el que han arrancado las raíces del presente. Se valora la perspectiva histórica que mira al pasado. El presente y el futuro están preñados de dinamismos que acarrearán el peligro de la caída. La única forma en que el presente degradado y el futuro amenazador pueden ser encarados es mediante una cruzada de regeneración moral que les

transfiera la solidez de los valores del pasado. Octavio, el hijo, quien por su juventud está llamado a luchar por la renovación social, se lamenta:

--Que no se puede ser joven hoy día en este país, que es una locura ser joven, que tener espíritu juvenil es como ser un monstruo de dos cabezas o algo así, para ser llevado a un museo y ser exhibido como rareza. Lo único que podemos hacer es aprovechar, aprovechar la vida lo más posible, antes de que se acabe. Tener más cosas, vivir mejor, ganar dinero y que el resto reviente. . . . Ya sé que no es hermoso ni dignificante hablar así, pero yo no tengo la culpa, es el ambiente, la época. . . . Si hubiera tan sólo una causa por la que luchar! Una pequeña y noble causa, yo sería el primero en tomar mi posición, pero no la hay, mamá. No la hay . . . 10

La caída se produce porque en el seno de la virtud se ha introducido la semilla de la perversión ética por el deseo de consumir artículos de lujo. La virtud se mantendrá mientras estos apetitos materiales sean controlados espiritualmente. Debido a este potencial de corrupción las relaciones humanas tienen un leve tono grotesco, por el que los seres humanos toman aspecto de objetos mecánicos y los objetos mecánicos adquieren aspecto de seres humanos. Carmen, la madre, se considera a sí misma mercadería comprada por su marido, Esteban, en el matrimonio ("Ya es tarde para devolver la mercadería")

pp. 10-11); Clarisa, la sirvienta, es comparada a un aparato doméstico que se bota cuando está viejo ("Ya no nos sirve" p. 11); Esteban proyecta sobre su auto Ford modelo 1930 el afecto que se confiere a una persona ("Más que un auto, es un buen amigo" p. 8; ". . . no te permito que desconfíes del Ford" p. 11). Variación mayor de este grotesco es el fetichismo en el que continuamente caen Esteban y Octavio. Los objetos que poseen o quisieran tener les sirven de referencia indirecta para las tensiones generacionales entre padre e hijo. Por ejemplo, se dirime una rivalidad generacional según los méritos de un Dodge de último modelo o de un Ford anticuado y la eficiencia de una antigua máquina fotográfica de cajón.

Dada esta simiente de perversión, el camino está preparado para la entrada del demonio de la tentación que se encarna en el Ministro. Su entrada esboza con mayor claridad otra característica del discurso de la obra en su nivel parabólico: la diferenciación de significado entre lo interno y lo externo. Lo interno es el hogar, cuya virtud lo asemeja a un paraíso espiritual resguardado por cuatro paredes contra la exterioridad, con su craso materialismo consumista, fragmentación social y egocentrismo diabólico. El transcurso de la acción dramática traerá los embates cada vez más intensos de esa exterioridad corrupta sobre el hogar. Esta intrusión hace mella en la familia porque Esteban considera que su deber es dar comodidad material a su mujer y a su hijo. El Ministro sugiere el camino, abriendo un circuito de conflicto que en la mente del padre contrapone tradicionalidad histórica versus modernidad. Ante las sugerencias venales del Ministro, Esteban revela tener una concepción profesional de la burocracia como representante de

un estado impersonal, depositario del bien comunitario, impermeable a la presión de intereses particularistas, administradora técnica de la voluntad nacional soberana expresada en la Constitución y el Código Civil, guardián y árbitro justiciero, imparcial y distante de la sociedad civil.

Esta concepción complementa y expande las raíces metafísicas sobre las que se apoya la familia. Por una parte se muestra un estrecho vínculo entre padre y estado, lo que, a su vez, asocia nación y familia. Por otra, burocracia, reglamento y ley aparecen como instrumentos concretos para la implementación del amor, la unión y la armonía natural, en lo que se atisba un origen divino. La orden ministerial de que se cierre el periódico de oposición--convenientemente llamado La Razón--implica un degradación de la moral, la ética, la burocracia, el reglamento y la ley a meros utensilios de una política contingente que busca la satisfacción de intereses personales egocentristas. Tal instrumentalización de los valores espirituales encuentra asidero en la semilla de perversión ética familiar ya discutida. Vencidos los tapujos primeros, Esteban responde a incitaciones materialistas aventajadamente, gozando lujos, mujeres y un poder prepotente. Más tarde lo acompaña Octavio, para quien el padre deja de cumplir su función de ejemplo moral. Esto significa un desplazamiento del foco desde la interioridad familiar a la exterioridad corrompida. Por esa circunstancia, arrastrada por compromisos de contacto social--cócteles, comidas, etc.--la familia se reúne rara vez.

Pero, puesto que Deja que los perros ladren está escrita a partir de la premisa de que el edificio social está construido sobre el amor,

la unión y la armonía de origen divino, la corrupción de los protagonistas sólo puede considerarse como fenómeno pasajero. Ello supone, a su vez, que los seres humanos se dividen en esencialmente buenos, esencialmente malos y, en medio, seres momentáneamente anestesiados por el mal, por lo que pierden la experiencia de su propia naturaleza. Quienes pertenecen a las dos primeras categorías son evidentes: la malignidad del ministro se enfrenta a la benignidad de Esteban, Carmen y Octavio. El periodista Cornejo, paradigma de cinismo, es parte de los anestesiados tanto como Esteban y Octavio mientras estos se dejan influir momentáneamente por el mal. Por ello es que, cuando la parábola inicia su súbito retroceso a la virtud perdida, junto con el retorno a la armonía familiar se sientan las bases para una campaña de regeneración moral de toda la sociedad, por la cual se redimirán todos los seres benignos capaces de contemplar la verdad de su naturaleza.

La verdad es así incorporada como nuevo ingrediente ideológico a una cadena conceptual que toma el siguiente aspecto en su descenso desde las alturas metafísicas a las particularidades sociológicas: divinidad= virtud=amor=armonía=unión=naturaleza=estatismo=verdad=tradicón= ley/reglamento=estado=burocracia=paternidad=familia.

La verdad parece tener efectos de talismán invencible en la cruzada porque los impulsos humanos hacia la restauración del amor, la unión y la armonía natural son irreprimibles y triunfarán por sobre la maldad y el vicio en un avance arrollador que une a todos los hombres honestos y virtuosos. Los impulsos irreprimibles tienen el vigor necesario para destruir los ocultamientos de la verdad a que se dedican los seres malignos, lo que evidencia en la pieza un importante juego de apariencias

versus realidad/verdad. Los seres esencialmente virtuosos pueden ser momentáneamente anestesiados y caer en la maldad porque sus enemigos tienen la habilidad para manipular las circunstancias de tal modo que lo real puede ser percibido desde escorzos ilusorios. La virtud es paralizada y confundida el tiempo necesario para caer en el pecado. No obstante, esta temporalidad brevemente degradada es indefectiblemente redimible por la verdad eterna.

Como factor estructural, la parábola de la caída funciona a manera de trasfondo semi-subliminal en relación al desarrollo de la acción dramática que ahora paso a discutir. Las imágenes arquetípicas de la parábola están dispuestas de tal modo que se podría afirmar que están allí para producir súbitas iluminaciones mentales no mediatizadas por la razón. A lo teológico se agrega lo irracional y su consecuencia es la mutilación de la lógica del desarrollo dramático aristotélico que predomina durante la década de 1950. La disposición de conflicto en términos de comienzo/desarrollo/desenlace queda reducida a dos actos divididos en dos y tres cuadros respectivamente. Este modelo teatral que evita un discurso lógicamente organizado corresponde a una acción iluminada irracionalmente. Aún más, en la implícita dialéctica escenario/espectador, la falta de un tercer acto sugiere que son los espectadores los responsables de llevarlo a cabo en su vida diaria adhiriéndose a la cruzada de regeneración moral planteada.

Desde el comienzo mismo de la acción dramática (Primer Acto, Cuadro I) se manifiesta el sentido problemático de lo material en la obra. En las acotaciones iniciales el mobiliario de la casa es descrito en términos metafísicos. Son objetos "cuidadosamente conservados," con

los que se desea detener el tiempo. Se hace hincapié en que pertenecen a "diversos estilos y épocas," "pasados de moda"; se señalan "viejas litografías o retratos familiares." Más adelante se sugiere que Esteban aspira aun a congelar la naturaleza tomando fotos de procesos naturales con "una antigua máquina fotográfica de cajón," transformándolos en "manchas blancas y negras" que amontona en un álbum. En esta conservación se percibe una ambigüedad según la que, por una parte, se establece una tradición familiar que asegura la permanencia en el flujo temporal. Por otra, se hace referencia a lo maligno al indicarse que los muebles están caracterizados por "la ausencia de unidad" que afecta a la familia al entregarse a los apetitos consumistas.

La ambigüedad se mantendrá durante el resto del Cuadro hasta la entrada del Ministro, quien provocará el predominio de la materia caída. Hasta ese momento conviven el amor espontáneo de la familia que prepara un picnic que la llevaría al contacto con la naturaleza, junto con el potencial de corrupción consumista que hace mercancía de Carmen y Clara y ser humano del auto Ford. El Ministro inclina la balanza instrumentalizando radicalmente las relaciones humanas. Reduce a Esteban a simple utensilio político con su orden de que clausure La Razón y convierte su amistad en intercambio de favores cercano al chantaje. Al revelar que el puesto burocrático de Esteban se debe a sus maquinaciones políticas produce aún más daño, desnudando a Esteban de la ilusión de sus méritos personales y del peso de la tradición familiar. El Ministro perfora la abstracta inocencia de Esteban introduciendo por primera vez en su isla de felicidad personal la gravitación del mal que aqueja a la sociedad. El signo más intenso

de la maldad es que los reglamentos y las leyes, fruto de la tendencia natural de los hombres a la armonía (" . . . el único medio para evitar el abuso del físicamente más fuerte, del económicamente más poderoso, del que detenta la fuerza y el poder . . ." p. 22) también han quedado pervertidos para convertirse en instrumentos del poder político corrompido. Simbólicamente el impacto de estos atentados queda marcado por la decisión de Esteban de suspender el picnic, lo cual, a nivel parabólico, significa suspender la comunión familiar con la naturaleza. Sin embargo, para compensar esta alteración, en la escena final del Cuadro I se rinde pleitesía al Código Civil chileno, supuesta manifestación de la armonía social que emana de la "voluntad soberana."

Veremos que este homenaje tiene repercusiones en cuanto a las bases ideológicas de la obra por apuntar directamente--junto con otras referencias--a la influencia del Ministro Diego Portales y al gobierno del Presidente Manuel Montt durante el desarrollo institucional chileno en el siglo XIX. Analizaré la importancia de estas referencias al hablar del nivel de significado histórico en la pieza de Vodanovic. Sin embargo, creo necesario preparar el camino para esa discusión señalando que el Cuadro II del Primer Acto sirve, en parte, como exposición indirecta del ideario portaliano sobre la función del estado y de la burocracia estatal en el orden social. Esto se da con ocasión de la llegada del periodista Ramón Cornejo, quien viene donde Esteban para asegurarse de que no clausure su periódico a cambio de un pago ilegal.

La maldad del mundo exterior ya ha penetrado en el paraíso familiar con las insultantes llamadas anónimas y la hostilidad que ha recibido Octavio en la universidad. Secuaces del gobierno los acosan

por no haber cedido a la presión ministerial. El flujo de amor en el hogar ha quedado desquiciado. Para describir la nueva situación de los personajes recurren expresiones como "refleja angustia"; "con cierto temor"; "nerviosamente"; "sobresaltada"; "aspecto fatigado"; "extrañado"; "tratando de disimular"; "mintiendo"; "con violencia"; "pronta a llorar." Ante los ataques Esteban encuentra refugio en el mensaje de la tradición portaliana que afirma la transpersonalidad de la ley y su irreductibilidad a instrumental de intereses personales: ". . . la ley me protege. Nada me puede ocurrir si obro de acuerdo con la ley. Eso es lo que me decía siempre mi padre. La ley, la ley, la ley. . ." (p. 26). Con este sustento enfrenta el cinismo de Cornejo demostrándole la impersonalidad y probidad de su acción como administrador de la ley: no reconoce el hombre de Cornejo como dueño de La Razón; se niega a discutir con él las órdenes internas del Ministerio; no acepta el pago ilegal: "Le quiero decir que si no he clausurado su diario es porque no hay motivo legal alguno, de la misma manera en que no vacilaría en clausurarlo a pesar de todas las presiones, si sus talleres no contaran con la suficiente seguridad higiénica" (p. 29). La tradición y la ley impersonal tienen poder de fetiche mágico que, al ser exhibido ante los hombres, instantáneamente suspende el imperio del mal sobre ellos y despierta su encallecida potencialidad de virtud y de amor. La entrevista termina con la obvia simpatía mutua de Esteban y Cornejo, quienes, en su franqueza, han reconocido que la verdad puede fluir entre ellos ("Esteban: Pero al menos habla de frente, no como los otros" (p. 31)) para una acción social inspirada por el bien ("después de reflexionar breves instantes).--¿Sabe, señor Uribe? Usted

es un hombre muy especial" (p. 29)). Vemos aquí que la posible redención de los seres moralmente endurecidos alimentará la futura cruzada de regeneración social y hará de Esteban y Cornejo aliados naturales. En esta coyuntura se añade, además, la introducción del concepto democratacristiano de la "sociedad comunitaria." El propone una sociedad construida con una institucionalización que permite el pluralismo, la cooperación y la participación populista, en que el estado juega una función limitada, pero tendiente a la integración de los diversos sectores sociales para alcanzar el bien común.¹¹ Esteban hace referencia a ese concepto: "Hasta ahora estaba convencido de que conmigo estaban los demás, que detrás de mí estaba . . . la sociedad, sí, eso que en la Escuela de Derecho llamábamos 'la sociedad,' la comunidad de personas con las que uno vive" (pp. 31-32).

No obstante, la lucha por la regeneración moral sólo se abrirá cuando la familia se haya fragmentado, corrompido y tome conciencia de su caída. La fragmentación se produce tanto porque el juego de apariencias con que la maldad exterior oculta la realidad penetra en el hogar de los Uribe, como por la debilidad de Esteban ante el apetito de consumo. Secuaces del gobierno han manipulado el problema de la clausura para dar la impresión de que Esteban pertenece a una conspiración inmoral de los dueños de pasquines, de los que se dice que recibe dinero y regalos. Octavio trae esta interpretación al hogar y las botellas de whisky enviadas por Cornejo en su intento de comprar a Esteban parecen confirmar las apariencias. Desde ese momento el hijo duda de la honestidad de su padre. Además, como la mente del joven ha quedado dominada por la dislocación apariencia/realidad con que ha sido engañado, es capaz de

transferir esa dislocación al reino de la ley, postulando una división entre ley y moral. Dado el origen divino que se atribuye a ambas, esto tiene dimensión de blasfemia: "Ya pasaron los tiempos en que el Derecho era la voz de Dios. Ahora es lo que discurren unos cuantos hombres que actúan presionados por pequeños intereses" (p. 33).

Estas palabras tienen fuerte impacto sobre el sentido de responsabilidad del padre, quien las conecta con la magra situación material de la familia. Súbitamente su probidad parece ser culpable de su limitada capacidad de consumo. Así es como una actitud correcta se convierte en mal ilusorio y Esteban queda al borde de la caída: "Me quejo de mi, de la vida que te he dado, de la vida que le he dado a mi hijo. Veo a mis demás compañeros de la Universidad. El que tengo más cerca es Ministro de Estado; los otros han hecho fortuna" (p. 35); "Me pregunto si todos mis sentimientos de honradez no son sino una excusa a mi mediocridad y yo, cobardemente, la revisto con el ropaje de las grandes virtudes" (pp. 35-36). La caída queda consumada con la entrada del Ministro en la escena final del Cuadro II, Primer Acto. El Ministro viene a hacer el último esfuerzo para que Esteban firme la clausura bajo amenaza de despido de su cargo. El padre cede, alegando hacerlo por el bienestar de Carmen y del hijo. El brindis por la clausura es símbolo de compromiso con el camino de maldad por el que Esteban ha debido optar. Beben el whisky de Cornejo y el Ministro ve en el uso del licor de la víctima un signo de insospechada inteligencia perversa en Esteban. Ya entregado al mal, y para no desmerecer, Esteban se ve forzado a hacer suya esta nueva máscara:

Ministro-- Eres más inteligente de lo que ya suponía, Esteban.

Esteban-- Ya me conocerás mejor . . ., mucho mejor.

Los extremos a que llega en esta nueva línea de conducta se revelan con la iniciación del Segundo Acto, dos años después del período cubierto en el anterior. Al subir el telón Esteban aparece despreocupado de su mujer y concentrado en los planos de la casa que proyecta construir con sus mal adquiridas ganancias. Ni siquiera le dirige la mirada. El interés por la propiedad ha reemplazado el deseo de conservar el cariño de las relaciones familiares. Este cambio queda acentuado con la compra de mobiliario que se señala en las acotaciones. Esteban viste, además, "una elegante bata de casa." Todo apunta a una crisis de las funciones familiares, la cual se muestra como falta de flujo comunicativo. Esteban oculta a Carmen la índole de sus negocios con el Ministro; se ha distanciado de Octavio. A pesar de sus protestas de cercanía no sabe que el muchacho ha abandonado sus estudios de leyes. Falto de guía, Octavio se mantiene alejado del hogar evitando la comunión familiar de las cenas. La conciencia crítica de Carmen, guardiana de la unidad familiar, es desarmada por Esteban, quien busca relegarla a la exterioridad, al goce pasivo de una prosperidad obtenida de la noche a la mañana: "Puedes salir, visitar amigas" (p. 40).

Sin embargo, la visita del Ministro remueve la conciencia adormecida del padre. La emotividad de las conminaciones de Carmen para que recobre su función de guía familiar contrasta con la brutal frialdad de la transacción comercial propuesta por el visitante. El negocio no sólo está basado en el abuso egocentrista de las funciones estatales, sino

también en la sospecha y en la desconfianza mutuas. La brutalidad de este choque hace atractiva la invitación de Carmen a un retorno a la virtud original: "Trata de ser [. . .] como eras antes, como todavía eres, Esteban" (p. 43). La arrolladora eficiencia criminal del Ministro desnuda la inexperiencia de Esteban en la maldad, exponiendo su virtud innata. Después de dos años de negocios sucios súbitamente siente la incomodidad de la falsa máscara de su malignidad, con sus aventurillas extramaritales y la extorsión a dueños de periódicos. Su incomodidad anuncia la restauración del libre flujo de la virtud pervertida. Este curso de la acción dramática queda asegurado con la conducta de Octavio, quien con su entrada demuestra la magnitud de la infiltración de las fuerzas demoníacas en el seno familiar. Su "desenfadada elegancia" y su "afectada desenvoltura" conllevan una pérdida de respeto por los padres, por las generaciones mayores, por la convicción en los méritos del trabajo sostenido, por la tradición familiar. Las relaciones sociales que le ha abierto el Ministro han acarreado todo esto. Octavio despierta definitivamente la naturaleza bondadosa de su padre al devolverle cínicamente, en su cara, las justificaciones que Esteban había estado usando para gozar de la corrupción que el Ministro había puesto a su alcance: "Estoy siguiendo tus pasos, pero no seré tan cándido como tú. Hay otras cosas que dejan más dinero que clausurar unos diarios y después cobrar para levantarles la clausura" (p. 52).

En su hijo, espejo de sí mismo, Esteban reconoce el colapso de la disciplina espiritual. Para los efectos de mi discusión final de la significación histórica de Deja que los perros ladren quiero llamar la atención sobre el hecho de que la pieza asocia la actividad política

con el colapso de las virtudes de disciplina laboral, generacional y tradicional. Octavio declara que para "ser triunfador" es necesario dedicarse a la política, abandonando los sacrificios implícitos en los modelos de conducta que el padre ofreciera en el pasado. Esto corresponde a la campaña de desprestigio de la actividad política emprendida por la derecha en la época de estreno de la obra. Si entendemos que es la actividad política de los diferentes grupos sociales la que dinamiza la historia de una sociedad, la obra realmente propone la parálisis de su transcurso. Es sugerente que quien inicie a Octavio en esta actividad sea la figura satánica del ministro. Nuevamente nos encontramos con una apología del estatismo divino en los asuntos humanos.

La contemplación de tanta corruptela finalmente moviliza a Esteban a la acción correctiva, siguiendo a Carmen en su deseo de retorno al pasado: "¿Qué he hecho de ti? ¿Cómo he estado tan ciego que no lo había visto antes?" (p. 52). Su voluntad recuperada se concreta con el castigo físico de su hijo. En su reacción vengativa Octavio usa una palabra que iniciará el retorno, según la estructura parabólica de la pieza: "Sigues siendo un ingenuo, papá" (p. 52). La palabra "ingenuo" hace referencia a una de las premisas ideológicas de la obra: la división entre seres virtuosos y malignos. Con esa palabra Esteban toma conciencia de su identidad verdadera: "¡Si pudiera volver a ser ingenuo!" (p. 53). La pata del sillón desprendida accidentalmente--como en el pasado--refuerza la ilusión de que el deseo correcto puede alterar subjetiva y arbitrariamente el cauce de la materialidad social.

La premisa de que los seres humanos virtuosos y temporalmente anestesiados por el mal pueden despertar y unirse para combatirlo es lo que lleva a Esteban a buscar la ayuda del periodista Ramón Cornejo: "Y si usted puede simpatizar con los ingenuos y no los desprecia es porque en el fondo de usted hay un idealista" (p. 55). Ambos reconocen que el único modo de evitar una vida "eternamente disfrazados" por el mal es destruir el control de las apariencias creadas por los seres corruptos y comunicar la verdad liberadora. Llegan a este acuerdo porque, en la medida en que sus hijos han sido infiltrados por la maldad, ésta se reproduciría indefinidamente, en un ciclo inacabable de servidumbre y degradación social. Prueba de este peligro es la tergiversación del Ministro en su interpretación de la fraudulenta sociedad comercial formada con Esteban para la venta de artículos de escritorio al propio ministerio que él dirige. Las acaloradas protestas de Octavio--quien con los planes de denuncia pública del padre ve destruido su futuro político--hacen patente la necesidad de una acción inmediata. A pesar de las amenazas del Ministro, Cornejo tiene la valentía de comprometerse a publicar la denuncia, a riesgo de ruina.

Desafiar a la autoridad corrupta reestablece la armonía entre Esteban y Carmen. Esta será la fuerza que permitirá a la pareja prepararse para la dura batalla que se aproxima. La fortaleza readquirida resulta naturalmente en la reafirmación de las funciones del liderato familiar alteradas. Esteban declara: "Creo que todos tenemos una responsabilidad, una tremenda responsabilidad: actuar de acuerdo con nuestras conciencias. Vivimos en una sociedad y una sociedad no es algo abstracto. Está compuesta de hombres, cada hombre

forma parte de ella, cada hombre es . . . un ejemplo para los demás" (p. 61). Esteban tiene ahora la autoridad para disciplinar a Octavio y conminarlo a elegir entre los beneficios materiales que le ofrece el Ministro y la redención moral por la vía dolorosa que él le ofrece. Con la espera de la resolución de esta disyuntiva termina el Cuadro II del Segundo Acto.

El Cuadro III y final de Deja que los perros ladren ata los diferentes niveles de significación que he reconocido en este análisis. La acción dramática tiene su desenlace con la incorporación consciente de Octavio al proyecto familiar de regeneración de la sociedad chilena. Su integración se da con un retroceso súbito y arbitrario del desarrollo dramático, en un esquematismo melodramático que muestra con máxima intensidad la gravitación del nivel parabólico de la pieza como elemento estructurante. La decisión de Octavio resulta de un análisis de la historia chilena que postergaré brevemente.

Después de la intensidad emocional de los Cuadros anteriores, la escena primera del Cuadro III muestra una repentina relajación. Contiene un diálogo entre Octavio y Carmen en el que el joven expresa su visión del momento histórico chileno. El sentido de la conversación es acentuado por una serie de símbolos subliminales que refuerzan la idea del retorno. Madre e hijo saben que la lana, el tejido, la preocupación maternal por el calor y protección de los seres queridos retraen la imaginación a un momento de total predominio de la autoridad de los padres:

Carmen (pasándole las madejas).-- Ayúdame a hacer un ovillo.

Octavio (extendiendo entre sus manos la madeja).-- ¿Como cuando era chico?

Carmen.-- Era la única forma para que te quedaras quieto (p. 64).

Ya desde el comienzo del diálogo se anuncia esta solución. Octavio sugiere que despierta a un nuevo día en que los sucesos de la noche anterior--y, por extensión, los de los dos últimos años, en general--son pesadillas que pueden ser superadas: "Anoche dormí muy mal. No dormí, más bien" (p. 62).

En su discurso el joven entrega la impresión de que en Chile no hay causas grandiosas a las que la juventud pueda plegarse para vivir momentos de exaltación romántica. A la vez expresa las condiciones que él estima imprescindibles para que se pueda sumar a una actividad política válida. Puesto que bajo sus propios ojos Esteban y Cornejo están dando un combate monumental contra las fuerzas de la politiquería, Octavio demuestra una ceguera a primera vista incomprensible. La razón de esta ceguera es que el muchacho concibe su presente como vacío de estímulos épicos, mientras que la generación del padre había vivido un compromiso histórico intenso y total. Octavio ve que esa sensibilidad apasionada y aventurera contrasta con la mediocridad y banalidad de la política del momento. Por sobre todo valora el paroxismo emocional que ofusca la diferencia entre una acción social progresista o una reaccionaria. Lo mismo da apoyar un movimiento popular democrático como el Frente Popular, que en Chile llegó al poder en 1938, como un movimiento de putschismo fascista ("Hubo gente joven que murió en el Seguro Obrero" (p. 64).¹² Tácitamente Octavio desea asumir su acción política sin identidad propia, sino de acuerdo al pasado mitificado de su padre. La manifestación de lo nuevo debe tomar las

apariencias de lo viejo: "Que no se puede ser joven hoy día en este país, que es una locura ser joven, que tener espíritu juvenil es como ser un monstruo de dos cabezas o algo así, para ser llevado a un museo y ser exhibido como rareza" (p. 65).

La lucha social presente debé ser vivida según la "tradicción," lo paterno. Por esta postergación Esteban y Cornejo hacen de vanguardia en la cruzada moralista, mientras Octavio es incapaz de comprender la trascendencia de sus actos. Al integrarse a la acción de una familia unida, Octavio sólo tiene un papel secundario frente a los mayores, a pesar de lo importante de su contribución: tiene experiencia en los manejos del Ministro; trae un sentido realista a los objetivos del padre; da ánimo a su padre y a Cornejo cuando se consideran neutralizados por el ostracismo de amigos temerosos de la venganza del Ministro; promete conseguir cartas que muestran la verdadera participación del Ministro en el negociado de la venta de artículos de escritorio. Sin embargo, no deja de ser mero apoyo. Esteban es quien cierra la obra con palabras de confianza combativa en el triunfo de una minoría de bien: "Es necesario que nos ladren los perros. Eso nos estimulará. ¡Que ladren! ¡Que sigan ladrando! Es señal que avanzamos."

Anteriormente hablaba de que en su trasfondo ideológico Deja que los perros ladren presenta una cadena conceptual que desde las alturas teológicas atraviesa la metafísica para aterrizar en la concreción social: divinidad=virtud=amor=armonía=unión=naturaleza=estatismo=verdad=tradicción=ley/reglamento=estado=burocracia=paternidad=familia. El desenlace de la obra acentúa definitivamente lo concreto con su llamado

a la regeneración de Chile. Esteban y Cornejo, con toda su espiritualidad recuperada, deberán preocuparse de cosas tan materiales como imprimir panfletos y distribuirlos por las calles. Lo ahistórico debe tomar cuerpo histórico. Lo importante ahora es dilucidar la forma en que la pieza plantea la intersección de estos niveles. En realidad es extraño hacer esta diferenciación, pero la obra la hace. Estos estratos quedan interpenetrados en un movimiento por el cual en un extremo se destaca la divinidad que se concreta en hitos específicos de la historia chilena; a la inversa, estos hitos, mediatizados por la reverencia a la tradición, son elevados a categoría divina.

Esto implica la necesidad de enfrentar el nivel de significación histórica de la obra. En su estudio me veré forzado a hacer una serie de paréntesis historiográficos que nos alejarán momentáneamente de lo literario. Con ello espero amplificar las resonancias de las referencias históricas hechas durante la acción dramática. Antes de proceder sugiero que no se pierda de vista el planteamiento central de la pieza, que en términos escuetos afirma lo siguiente: la burocracia estatal tecnocrática, representativa de la tradición histórica chilena encarnada como familia, tiene la responsabilidad de un comportamiento funcionario de virtud moral que tiene sus raíces en un estado nacional de origen divino. Este estado tuvo su manifestación más vigorosa en el pasado. La burocracia debe hacer de vanguardia en la reactualización del vigor perdido en la crisis moral del presente.

Los ideales presentados en ese comportamiento, las referencias a la Constitución y al Código Civil localizan esa vitalidad en la época de consolidación de la república conservadora que se inició en 1831 y

culminó en 1871 con el decenio de Gobierno del Presidente Manuel Montt. Figura política fundamental en esa consolidación fue Diego Portales, quien ocupó los cargos de Ministro del Interior (1830-1831) y de Guerra y Marina (1835-1837). Historiadores conservadores han exaltado su influencia política atribuyéndole la creación del estado chileno con un criterio formulado en una conocida frase de su epistolario: "La República es el sistema que hay que adoptar [. . .] un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes."¹³ Se habría tratado de un sistema político paternalista, pluriclasista, meritocrático, formador de una burocracia disciplinada y honesta, sistema promotor del progreso económico más allá de intereses particularistas, dedicado a la buena administración y a la supresión de la politiquería estéril y divisiva. El estado consolidado trajo a Chile una temprana estabilidad política en comparación con otros países latinoamericanos largo tiempo en desorden por guerras intestinas. La estabilidad sirvió de condición para el rápido desarrollo y exportación de la minería de la plata, del cobre, del carbón y de la agricultura, con la consecuente construcción de servicios camineros, telegráficos, ferrocarrileros y marítimos, la reforma y modernización de los sistemas jurídico, administrativo, militar y educacional. Chile habría tenido así un desarrollo capitalista autónomo, expresión del genio pragmático del patriciado chileno encarnado en Portales. El habría llevado al país a la enorme influencia económica, política y militar que tuvo hasta finales del siglo XIX en la zona del Pacífico. Parte decisiva de esa influencia fue la victoria del ejército

chileno en la guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana en 1839. La guerra fue promovida por Portales porque de ella surgiría la hegemonía del puerto de Valparaíso. A este conflicto se atribuye considerable importancia en la solidificación del espíritu nacionalista chileno.

Esteban Uribe intenta, entonces, reactualizar la visión de un pasado idealizado por el conservadurismo chileno. Sin embargo, como ocurre con todo discurso ideológico, este argumento revela mayores verdades por la realidad no mentada que por las patencias selectivamente dichas. Lo que Deja que los perros ladren oculta es que la utopía pretérita que se propone fue producto de una dictadura organizada por comerciantes importadores después de una empresa monopolista frustrada.

Los antecedentes se remontan a agosto de 1824 en que el gobierno liberal del general Ramón Freire concedió el estanco del tabaco, barajas, té y licores extranjeros a un grupo de comerciantes denominado Portales, Cea y Cía. a cambio del servicio de una cuantiosa deuda contraída por el estado chileno con la firma bancaria londinense de Hullet Brothers. Se trataba de una empresa arriesgada ya que ese monopolio, instituido por primera vez en 1753, durante el período colonial, había sido enormemente impopular y requería grandes capitales y un fuerte sistema policíaco privado para impedir el contrabando. El negocio fracasó; el servicio de la deuda quedó impago; el monopolio fue disuelto en 1826.

Las hostilidades de ciertos sectores del mismo liberalismo que concediera el estanco y la necesidad de presionar por una liquidación ventajosa de él impulsó a los comerciantes a constituirse en un grupo

de presión política apodado los estanqueros. Sus representantes principales fueron Diego Portales, Diego José Benavente, Manuel José Gandarillas y Manuel Rengifo, grupo que luego tendría papeles importantes en la dictadura y que unía actividades de agitación periodística a su comercio. Después de la liquidación del estanco Portales inició la publicación de los periódicos El Telégrafo y El Vigía, en Valparaíso, y El Hambriento en Santiago. Con ellos comenzó la agitación en protesta por los daños causados al comercio por la inestabilidad política de Chile. Entre los años 1826 y 1829 se dio la rápida sucesión de nueve Directores Supremos. En torno a los estanqueros como vanguardia se articularon conservadores, o'higginistas, carrerinos, federalistas y liberales aristocratizantes. Unidos sobre la necesidad pragmática de una alternativa de estabilidad, no estructuraron una ideología cohesionadora.¹⁴

Luego del triunfo de esta coalición en la batalla de Lircay (17 de abril de 1830), Diego Portales fue Ministro del Interior en las presidencias de José Tomás Ovalle entre 1830-31 y la de José Joaquín Prieto desde 1835 hasta su muerte en 1837 a manos de oficiales del ejército sublevados. Durante todo ese período se le atribuye una influencia sin contrapeso en el gobierno. Ejerció una violenta dictadura que neutralizó la oposición con grandes encarcelamientos, exilios y ejecuciones forzosamente legalizadas. En ello fue de utilidad la red de espionaje formada durante el estanco.¹⁵

Con este bosquejo histórico quiero demostrar que el modo en que Sergio Vodanovic propone la regeneración chilena lleva implícito la imposición de un régimen dictatorial. Por otra parte, su reactualización

del vigor inicial de la República es una utopía reaccionaria por cuanto las relaciones de clases del Chile de las primeras décadas del siglo XIX simplemente no corresponden a las del capitalismo de la década de 1950. Los sectores comerciales- latifundistas constituidos ya en una "oligarquía tradicional" estaban en descenso ante una burguesía industrial cimentada durante la década de 1930 con la industrialización sustitutiva de la importación iniciada en la gran depresión mundial. Chile también contaba con un proletariado con conciencia de clase y experiencia política, organizado significativamente en un movimiento sindical que responde a líneas de clase, representado políticamente por los Partidos Comunista y Socialista especialmente, colectividades de profundas raíces en la clase trabajadora. El portalismo planteado en Deja que los perros ladren está basado en una razón histórica concreta sólo en la medida en que la derecha política chilena, fundamentalmente monopolista, necesita justificar sus intereses subjetivos instrumentalizando adecuadamente el pasado.

En este plano legitimador, el subjetivismo burgués debe dar un salto irracional por sobre las objetividades de la sociedad chilena expuestas arriba. Testimonio de ello es la imagen irracional de Diego Portales cultivada por historiadores conservadores en estrecha consonancia con la obra de Vodanovic. Francisco A. Encina en Portales (1934)¹⁶ no trepida en afirmar que el "sentido común, más clarividente que la razón, tratándose de políticos, porque está más próximo que ella de la corriente cósmica, ha presentado siempre el genio de Portales. Desde el gañan incapaz de conciencia vigilante hasta el político de instinto, no ha habido quien no haya advertido en Portales algo extraño,

enigmático, misterioso, que no se encuentra en los demás hombres inteligentes. Confusamente, todos han creído divisar algo así como un adivino, un mago, un loco superior, un apóstol de la realidad, un genio" (p. 166). Corridos los velos de lo ignoto, luego Encina procede a crear un mito racial: "Portales sería la exteriorización del genio político godo. Se sabe que, diseminada en el grueso fondo ibero del pueblo español, circula todavía, en cierta proporción, la sangre goda, que mostró una extraña rebeldía a la fusión definitiva con el aborigen celtíbero. Chile, como consecuencia de la selección con sentido social engendrada por la guerra de Arauco, es el pueblo de origen español que contiene más alto porcentaje de sangre goda" (p. 176). De manera que la estabilización del estado chileno habría sido labor de un genio que "adivinó la función de las sugerencias en el alma colectiva" (p. 182). Las fuerzas políticas que lo sostuvieron en adelante fueron hipnotizadas "a través del espacio y del tiempo" (p. 183), "en un sentido que no era el suyo, impulsados por una especie superior de sugestión ambiente, emanada de un genio hermético que predicó sólo con el ejemplo, sin recurrir jamás a la palabra ni al gesto" (p. 186). Estas palabras nos dan una comprensión más concreta de las motivaciones subyacentes en la conducta política de Esteban Uribe dentro del campo ideológico en que se desplaza. Quedan sentadas en ellas, además, las conexiones de la obra de Vodanovic con el concepto de Hispanidad, de enorme importancia en el fascismo chileno, lo cual lleva a fijar la atención en el último nivel de significación que reconociera, aquel que conecta la pieza con El Quijote de Cervantes.

De manera indirecta esa conexión hace referencia a otros textos

con los que se ha elaborado una particular simbolización del hidalgo en círculos chilenos simpatizantes del fascismo franquista. Como se sabe, la problemática del Quijote es la del anacronismo del hidalgo, quien enfrenta una realidad social en la España declinante, en que afloran ya formas de relación capitalista, con una conciencia social del todo dislocada, tratando de reactualizar ideales caballerescos medievales. En ello hay una ironía realista que se concreta en una dialéctica que opone contradictoriamente diversos estratos de la narración: lo que don Quijote dice de sí mismo y de los demás/lo que don Quijote hace/lo que el resto de los personajes dicen de sí mismos y de don Quijote/lo que don Quijote y los personajes dicen de su mundo/lo que el narrador dice de don Quijote de los otros personajes y de su mundo. Este conflicto de perspectivas es el que otorga a la narración su realismo ya que la intersubjetividad de percepciones da testimonio de la existencia de objetividades en dinámico flujo, sobre las que se pueden emitir juicios verdaderos.¹⁷ En la ideología de la Hispanidad se aplanan estas interrelaciones para fetichizar uno solo de sus elementos, las visiones de don Quijote que, por lo demás, son exaltadas como ideal sublime. Se renuncia voluntariamente a la sanidad para afirmar una concepción de la realidad presidida por una locura en que se niega la materialidad social, la corporalidad humana, sus necesidades, su trabajo, su productividad, para reducir todo a visiones místicas. En manos hispanistas esa locura consiste en desmaterializar el presente histórico para reactualizar--como en Deja que los perros ladren--una utopía instalada en un pasado idealizado abstractamente. Jaime Eyzaguirre, el historiador que mejor ha articulado esta concepción en

Chile, caracteriza así a don Quijote: "Porque las cosas del mundo [. . .] semejan visiones de un espejo, son apenas simples imágenes, y la revelación de la verdad que la enigmática parábola de la historia oculta a los ojos mortales, pertenece al último día. Entonces se descorrerá el velo, se proyectará toda la luz, los fantasmas de hoy adquirirán contornos precisos e insospechados, y el paraíso perdido se hallará de nuevo y para siempre,"¹⁸; "[Don Quijote tiene] muy abiertos los ojos hacia el más allá; se siente libre colaborador de un inmenso plan de restauración universal preestablecido por la Suprema Inteligencia" (p. 89). Prestar atención a la materialidad social y humana tiene por consecuencia traicionar el espiritualismo hispano del cual el chileno es heredero. El comportamiento de Esteban Uribe, el irracionalismo de Encina y el misticismo de Eyzaguirre finalmente se aunan. En un plano político concreto la significación de todo esto se aclara cuando Eyzaguirre se refiere a la Guerra Civil española. Hablando del marxismo de la izquierda republicana señala una degradación: "De ahí que el español moderno, bestia feroz que ha abjurado de Dios y de los hombres, sólo se sienta feliz en el caos." No obstante, de las entrañas de la Hispanidad había surgido Francisco Franco para la redención: "Del Sepulcro del Cid brota un grito de cruzado, una orden imperiosa que mueve a la raza a salir de su letargo y a coger, como otrora, la espada y la cruz con faz iluminada."¹⁹

A modo de conclusión sólo resta mencionar que en 1974, cerca de un año después del derrocamiento de Salvador Allende, la Junta Militar chilena publicó una "Declaración de Principios." En ella se justifica el golpe de estado ante Chile y el mundo en nombre de una cruzada de

renovación que pide un retorno mítico a la gran época de vigor del estado nacional recién creado en la era portaliana. Se combina en este documento un discurso neo-escolástico que exalta la espiritualidad de origen divino del ser humano en lucha contra el materialismo y la corrupción política que ha degradado la tradición histórica, con otro que exalta a la burocracia estatal tecnocrática en su misión modernizadora y conservadora del capitalismo chileno. Sus supuestos remiten directamente a las consecuencias del pensamiento cepalino y tienen ecos precedentes en Deja que los perros ladren.

Notas

¹Este es un fragmento de un trabajo más amplio titulado La estética del desarrollismo: teatro hispanoamericano de la década de 1950, de próxima aparición.

²Este análisis ideológico está basado en un estudio de "Commercial Policy in the Underdeveloped Countries." Papers and Proceedings of the Seventy-first Annual Meeting, American Economic Review, Vol. XLIX, May, 1959, N^o 2, pp. 251-273. Allí Raúl Prebisch desarrolla los temas clásicos del desarrollismo cepalino: necesidad de un desarrollo equilibrado de la agricultura y la industria en los países subdesarrollados frente a la inelasticidad de las exportaciones latinoamericanas tradicionales y a la elasticidad de las importaciones; un proteccionismo selectivo y fluctuante para la industria nacional; una relación de reciprocidad y ecuanimidad en la aplicación del proteccionismo tanto en el centro como en la periferia para conservar el sistema general; la promoción del comercio multilateral entre los países subdesarrollados y la formación de mercados comunes.

³Para un análisis de las actuales dictaduras militares sudamericanas como consecuencia del pensamiento desarrollista ver: Guillermo O'Donnell, Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics (Berkeley: Institute of International Studies, University of California, 1973); del mismo autor, "Reflections on the

Patterns of Change in the Bureaucratic-Authoritarian State." Latin American Research Review, Vol. XIII, N^o 1, 1978, pp. 3-38.

⁴Giles Wayland-Smith, "The Birth and Development of the Christian Democratic Party." The Christian Democratic Party in Chile (Cuernavaca: Sondeos N^o 39, Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), 1969) pp. 1/16-1/32; James Petras, "Corporatism and Populism in the PDC." Politics and Social Forces in Chilean Development (Berkeley: University of California Press, 1969) pp. 209-219; Marcelo J. Cavarozzi and James Petras, "Christian Democracy" en "Chile." Ronald Chilcote and Joel C. Edelstein, Latin America: The Struggle with Dependency and Beyond (New York: John Wiley and Sons, 1974) pp. 528-542.

⁵Petras, "The Popular Action Front." Politics and Social Forces. . ." pp. 158-196.

⁶El mejor índice de esta postura fue la de Jorge Prat Echaurren, quien desde la época de poder del Partido Radical venía atacando su corruptela a través de la revista Estanguero, la cual, en su mismo título, muestra una línea de pensamiento portaliano. Su filosofía de gobierno tecnocrático culminó finalmente en la frustrada campaña presidencial de 1964. Como otro candidato en esa ocasión, Prat retiró su candidatura para que las fuerzas derechistas enfrentaran la presión de la izquierda unidas tras el candidato demócratacristiano Eduardo Frei. Ver la recopilación de sus discursos: Mario Arnelo Romo, ed. Proceso a una democracia: el pensamiento político de Jorge Prat (Santiago de Chile: Soberanía, Sociedad Periodística e Impresora Ltda., s. f.).

⁷La Democracia Cristiana ha compartido con la derecha el uso simbólico de Diego Portales, con las consecuencias de su significado político que investigo más adelante. Ver Wayland-Smith.

⁸Esto queda patente en un área particularmente importante para la supervivencia demócratacristiana como poder político: las relaciones con Estados Unidos. En un estudio intitulado "Christian Democratic Ideology in Inter-American Politics: The Case of Chile, 1964-1970," Manfred Wilhelmy afirma: ". . . se puede decir que el 'procesamiento-codificación de problemas' demócratacristiano tendió a ser más 'racionalista' que 'empírico,' es decir, los líderes gubernamentales tenían una mayor inclinación a dedicarse a un razonamiento deductivo que a someter sus concepciones a la prueba de la experiencia al discutir asuntos de política exterior. La doctrina partidista tenía considerable peso, en circunstancias en que la práctica diplomática era todavía escasa. En la medida en que la mentalidad ideológica estaba 'abierta' en los primeros meses del nuevo gobierno, estaba abierta a 'argumentos deductivos racionales' más que a evidencia nueva" (p. 140); ". . . la ideología ayudaba a los líderes gubernamentales a soslayar el dilema entre una política probablemente efectiva pero poco inspiradora, y una más atractiva pero probablemente inefectiva. De este modo, se usaron afirmaciones ideológicas cuando no había medios prácticos para desarrollar cursos de acción concretos de acuerdo con creencias teóricas. Esto hacía más 'aceptables' movidas diplomáticas específicas tanto para el 'auditorio' real o posible de la política exterior de Frei, y para los actores mismos." Morris J. Blackman and Ronald G. Hellman, eds.

Terms of Conflict: Ideology in Latin American Politics (Philadelphia: Institute for the Study of Human Issues, 1977) p. 138. La traducción es mía.

⁹El autor me ha informado que el título de la pieza fue inspirado por la lectura de la obra de Cervantes.

¹⁰Sergio Vodanovic, Deja que los perros ladren y Nos tomamos la universidad (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1970) p. 65. De aquí en adelante cito de esta edición.

¹¹Ver Wayland-Smith, "The Political Doctrine of the PDC." The Christian Democratic Party. . . pp. 2/2-2/19.

¹²La "Gente joven que murió en el Seguro Obrero" se refiere a un intento de putsch perpetrado por el partido naziista chileno en septiembre de 1938, en vísperas de las elecciones presidenciales en que triunfara el Frente Popular. Luego de fracasar en apoderarse de la Moneda, el palacio de gobierno, un grupo naziista se refugió en el edificio del Seguro Obrero donde capitularon. Sesenta y dos de ellos fueron fusilados en ese lugar.

¹³Raúl Silva Castro, Ideas y confesiones de Portales (Santiago de Chile: Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1968) p. 19.

¹⁴De especial importancia para el estudio del pensamiento portaliano es el trabajo de Jay Kinsbruner, Diego Portales: Interpretative Essays on the Man and Times (The Hague: Martinus Nijhoff, 1967). Su gran aporte es su intento de desmitificar la actividad política del portalismo en su época, penetrando los gruesos velos ideológicos creados en especial por historiadores conservadores.

¹⁵José Victorino Lastarria, "Don Diego Portales, Juicio Histórico." Portales, juicio histórico (Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, S. A., 1973).

¹⁶Francisco A. Encina, Portales, 2^a ed. (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, S. A., 1964). Cito de esta edición.

¹⁷Debo estas observaciones sobre el texto de Cervantes a mi colega Anthony N. Zahareas.

¹⁸Jaime Eyzaguirre, "Parábola de Don Quijote." Hispanoamérica del dolor (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, S. A., 1969) p. 90.

¹⁹Jaime Eyzaguirre, "Sangre y dolor de España." Chile en el tiempo (Santiago de Chile: Ediciones Nueva Universidad, s. f.) p. 60.